

La elección presidencial:

Un primer comentario

José Miguel Insulza*

1. El resultado electoral

La elección presidencial de 1988 en Estados Unidos confirma una serie de tendencias electorales que se han venido manifestando en ese país en las últimas décadas. Al elegir a George Bush el electorado norteamericano no sólo entregó su favor a los republicanos por séptima vez en la posguerra (contra sólo cuatro victorias demócratas), sino que al mismo tiempo confirmó por tercera vez a ese partido en la Casa Blanca (primera vez desde la década de los veinte) y lo hizo por un amplio margen: los ocho puntos de ventaja de Bush sobre Michael Dukakis pueden no ser la avalancha de Reagan en 1980 y 1984, pero son aún una mayoría muy sólida, superior a la de cualquier ganador demócrata desde Roosevelt. Para Bush hay además un motivo de satisfacción personal: es el primer Vicepresidente en ejercicio elegido *Presidente en los últimos ciento cincuenta años*¹.

Bush ganó en cuarenta estados, incluyendo todos los estados del Sur y todos los del Suroeste, que se han transformado definitivamente en los bastiones del predominio presidencial republicano. Al mismo tiempo, conquistó, aunque por márgenes más estrechos, los grandes estados industriales, con la excepción de Nueva York. Sin embargo, y a pesar de la sólida mayoría de Bush, Dukakis mejoró bastante en algunas de las zonas "sólidamente republicanas", con respecto a lo que los

demócratas habían obtenido en las dos elecciones anteriores. En efecto, si bien en el Sur el margen de Bush fue muy amplio (60 a 40%), la distancia se acortó muy sensiblemente en el Suroeste, con márgenes de 6 a 8%, cuando antes eran de cerca de un 15%. Algo similar ocurrió en California, donde Dukakis obtuvo un millón y medio más de votos que Mondale en 1984, aunque aún perdió el estado.

Lejos de ser motivo de consuelo para el Partido Demócrata, las cifras algo más estrechas aumentarán seguramente su frustración y las recriminaciones postelectorales, ya que muchos sostienen que la victoria era posible y que la derrota es producto sólo de una errada campaña. Más aun cuando, en la elección del Congreso, los demócratas aumentaron el número de asientos con que cuentan en el Senado y la Cámara de Representantes. Por primera vez desde 1960, el partido que gana la Casa Blanca pierde asientos en el Congreso; lo normal es que ocurra lo contrario, es decir que al triunfar un candidato a la presidencia aumente el número de congresistas de su Partido.

La diferencia entre la votación para presidente y para Congreso es aún más llamativa si se considera que varios de los *éxitos demócratas se dieron en estados en que Dukakis perdió*.² Su propio candidato a Vicepresidente, Lloyd Bentsen, no pudo obtener para Dukakis el estado de Texas. Pero él fue reelegido al Senado *con una votación*

* Este análisis fue escrito por el autor para el Centro de Investigación y Acción Social. Agradecemos al CINAS la autorización para su publicación.

¹ Varios Vicepresidentes sucedieron al Presidente por muerte o renuncia (Truman en 1945, Johnson en 1963 y Ford en 1974 son los más recientes) y algunos de ellos fueron luego elegidos, siendo ya Presidentes en ejercicio. Pero el último en ser elegido como Vicepresidente en funciones fue Martín Van Buren en 1836.

² Los demócratas arrebataron a los republicanos los asientos senatoriales que tenían en Nebraska, Virginia, Nevada y Connecticut, Bush ganó la elección en todos estos estados. Lo mismo ocurrió en algunas carreras por la gubernatura, incluso en el estado del Vicepresidente Dan Quayle, Indiana, donde a pesar de un amplio margen en favor de Bush, el demócrata Evan Bayh fue elegido gobernador.

*abrumadora, doblando a su rival republicano.*³

Con mayoría en ambas ramas del Congreso y con un porcentaje de ciudadanos que se consideran demócratas mayor que el porcentaje republicano, la frustración de no poder ganar la Casa Blanca es explicable, sobre todo en un año en que el candidato republicano parecía derrotable y en que Michael Dukakis llegó a estar 15 puntos arriba en las encuestas en el mes de Julio, para decaer a partir de entonces.

Examinaremos las causas de la victoria de Bush en el próximo capítulo. Pero existen además algunas consideraciones estructurales, válidas para ésta y otras elecciones, que hacen que, al margen de la campaña de 1988, sea difícil para los demócratas ganar la Casa Blanca.

En primer lugar, está el fenómeno estatal al que ya hacíamos referencia: los republicanos han ganado en los estados del Sur y el Sudoeste en cuatro de las últimas cinco elecciones; la elección de Jimmy Carter en 1976 es la excepción, explicable por ser el primer candidato sureño en muchos años⁴. En términos geográficos y de Colegio Electoral, la gran diferencia establecida para este tipo de elecciones es que, mientras para los republicanos existe ya una base sólida de estados que siempre ganan por amplio margen, los demócratas carecen de esa base y cuentan desde la partida con muy pocos estados que están seguros de ganar.

Detrás de este elemento geográfico hay una consideración demográfica. Las regiones industriales del Este y el Noroeste han ido perdiendo relevancia —y votos electorales— frente a la expansión económica en el Oeste.⁵ Al mismo tiempo, a medida que la estructura económica se ha ido modificando, sectores que antes eran la base para elegir cualquier presidente ahora no son suficientes para ello. El bloque de Roosevelt (la coalición del New Deal), incluía trabajadores industriales, población urbana, grupos étnicos, además del sólido voto del Sur. Pues bien, Dukakis ganó

estrechamente en los obreros industriales (ganó más ampliamente en los trabajadores sindicalizados), obtuvo el 86% del voto negro, el 64% del voto latino y el 64% del voto judío y ganó en los principales centros urbanos. Pero el 85% de los votantes siguen siendo blancos, los judíos son sólo el 4%, sólo el 13% se califica de obrero industrial y ya no basta ganar las ciudades, porque los suburbios, donde vive la clase media, son ahora más importantes.

En suma, no es que la coalición del Nuevo Trato se haya deshecho por completo; es que por una parte ha perdido su solidez (especialmente por la deserción del Sur) y por otra parte ya no es numéricamente tan importante como antes. Los profesionales y "managers" triplican en número a los obreros industriales; los trabajadores de cuello y corbata casi los igualan; los sindicatos han perdido miembros, no sólo porcentualmente, sino en términos absolutos en la década de los ochenta.

El partido demócrata no ha sido capaz de atraer, a nivel nacional, a los nuevos sectores. Puede hacerlo a nivel local, donde probablemente su representante o candidato a senador refleje más claramente el sentir de la población; pero el liberalismo demócrata es sospechoso en los nuevos centros dominantes de la población. El partido demócrata se mantiene localmente, precisamente gracias a su dispersión; pero no puede proyectar con ella una imagen nacional. Una revista norteamericana lo decía recientemente: los demócratas pueden ganar en los distritos liberales con aliados de Jesse Jackson y en estados conservadores con Lloyd Bentsen; pero no pueden juntar a ambos en una fórmula nacional creíble.

Es demasiado pronto para decir si estos cambios en el alineamiento electoral son permanentes. Por una parte, parte del "bloque republicano" se ha reproducido ya en varias elecciones sucesivas. Por otro lado, sin embargo, presentan este rasgo del voto dividido Presidente-Congreso; además, es un hecho que, como lo decíamos, Dukakis avanzó en la "base sólida" de los republicanos, mostrando que era posible hacerlo. Por último, la cantidad de demócratas que desertó hacia Bush es menos de la mitad de los que lo hicieron para Reagan en 1980 y 1984.

Existe además el hecho, siempre fundamental, de la abstención: el 8 de Noviembre de 1988 votó sólo el 49.1% del electorado norteamericano, la cifra históricamente más baja, al menos desde que se llevan estadísticas. Por mucho que se diga que el abstencionismo es parejo, recientes estudios muestran que alcanza de modo más significativo a los sectores de ingresos más bajos, en lo que los demócratas podrían obtener mayor votación.

³ En Texas se puede postular a la vez a un cargo nacional y a uno estatal, gracias a la llamada "ley de Lyndon", que hizo aprobar Lyndon Johnson cuando Kennedy le pidió que fuera su candidato a Vicepresidente en 1960. Johnson postuló al Senado y a la Vicepresidencia. Vencedor en ambas contiendas, renunció al Senado.

⁴ George Wallace (1968) era del Sur, pero su candidatura no tenía ninguna posibilidad: aún así conquistó algunos estados de esa región. Bush dice que es de Texas, pero en realidad es de Connecticut.

⁵ Los miembros del Colegio electoral de cada Estado equivalen a la suma de sus Representantes y sus Diputados. Los primeros son dos por estado, los segundos se eligen en proporción al número de habitantes, hasta un número total de 435. Por lo tanto, cuando cambian las proporciones, algunos estados disminuyen sus Representantes (el mínimo es 1) y otros los aumentan.

A primera vista, las tendencias parecen entonces reversibles, lo cual hace más importante preguntarse porqué ello no fue posible esta vez.

2. Las causas de la victoria republicana

La interpretación dominante en la prensa norteamericana en los días posteriores a la elección presidencial ha tendido a enfatizar el clima y la calidad de las campañas como el factor principal de la victoria de George Bush. En esta interpretación, los demócratas tenían todo a su favor para ganar y fueron sus errores, especialmente de parte de Michael Dukakis y de quienes dirigieron su campaña, los que permitieron a Bush recuperar terreno y derrotarlos.

En una edición especial aparecida apenas un día después de la elección, la revista *Newsweek* abraza, por ejemplo, con calor esta perspectiva. La elección es presentada como el "año del operativo". La idea que cubre todo el número es que, ante candidatos esencialmente incoloros y falta de temas reales de debate, lo fundamental fueron las imágenes, sobre todo negativas, que los publicistas y estrategias electorales fueron capaces de crear en el público.

De este modo, la ventaja inicial de Dukakis sería atribuida a la amplia exposición a los medios de comunicación que tuvo durante las primarias, a diferencia de Bush que, al asegurar temprano su nominación, desapareció de los medios por varios meses. Bush además era perjudicado por la imagen de obsecuencia y falta de definición que ha proyectado durante toda su carrera. Ello habría llevado a que, inmediatamente después de la Convención demócrata, la ventaja de Dukakis pareciera insuperable y el campo republicano estuviera profundamente desilusionado.

En este punto de la historia hacen su ingreso triunfal los operativos políticos, para convencer a Bush de que tiene una oportunidad, cambiar su imagen (en esta versión, el encargado de comunicación de la campaña, Roger Ailes, es casi la pieza central de la campaña, al enseñarle a Bush a hablar en público de modo agresivo y seguro) e iniciar una campaña de desprestigio en contra de Dukakis, por sus inclinaciones "liberales". Por su parte, el campo demócrata habría sido lento en responder a la propaganda negativa, creyendo que ella se volcaría en contra de Bush. Al comprobar que esto no ocurría y que Bush subía cada vez más en las encuestas, la campaña de Dukakis entró en la desorganización y la anarquía, de la cual salió demasiado tarde para recuperar algo de terreno, pero no lo suficiente.

Leyendo estas versiones detalladas de los hechos, asombra sobre todo la escasa importancia que tiene el contenido. No hay en ellas ninguna alusión a los temas centrales de la economía o la política exterior; pareciera que cualquier candidato pudiera ganar si obtiene los servicios de los mejores "creadores de imagen" y "estrategas" y estuviera en cambio perdido si comete cualquier error (no de sustancia, sino de "estilo") o si su adversario hace una buena campaña negativa, creándole imágenes falsas o verdaderas, o si sus propios operadores no son tan eficientes como los rivales. Lee Atwater y Roger Ailes parecen los verdaderos ganadores de 1988 y Susan Estrich y John Sasso los derrotados; sus jefes, George Bush y Michael Dukakis, parecen productos, vendidos sobre la base de la propaganda y no de lo que realmente son.

Si estas explicaciones aparentemente banales son dignas de atención ello se debe al menos a cuatro razones. Primero, la mayor parte de los hechos en que se basan efectivamente ocurrieron y dieron perfil a una campaña poco atractiva. Segundo, ellas son compartidas por importantes medios de comunicación y por analistas del proceso político, que prestan cada vez más atención a la forma y menos al contenido del proceso político. Esta noción de "desideologización de la política" es más pronunciada en procesos como el reciente, en que hubo de ambas candidaturas un esfuerzo consciente por no abordar los temas de fondo o hacerlo sólo adoptando posiciones electoralmente "seguras".

Tercero, el hecho de que ellas sean compartidas en sectores políticos importantes, en el propio partido demócrata, marcará de algún modo lo que serán las relaciones entre Bush y el Congreso en los próximos cuatro años. La elección de Reagan en 1980 tuvo un cierto aire de inevitabilidad que facilitó al Presidente la formación temprana en el Congreso de un bloque que incluía demócratas conservadores. Para Bush construir esa coalición será más difícil, no sólo porque no tiene la imagen de Reagan y porque no tiene mayoría en ninguna de las dos Cámaras, sino también porque los demócratas consideran que ganó *con malas artes* y, lejos de estar dispuestos a colaborar con él, intentarán hacérselo pagar.

Por último, es importante, desde una perspectiva latinoamericana, rechazar la imagen de que la sucesión de Bush, así como la elección y reelección de Reagan se debieron a causas superficiales o fortuitas. Ello llevaría a pasar por altos cambios políticos de fondo que han ocurrido en Estados Unidos en los últimos años y que influyen de modo decisivo en las relaciones entre ese país y América Latina. Tres presidencias sucesivas de la derecha en Estados Unidos significan un cambio

de tendencia que hay que examinar con cuidado, sobre todo cuando en algunos aspectos cruciales (la crisis centroamericana, p. ej.) los candidatos vencedores han sustentado posturas abiertamente contrarias a las de los países de América Latina.

Desde luego, no se trata de negar la importancia que han ido adquiriendo, no sólo en Estados Unidos, los medios de comunicación de masas y la propaganda masiva en el proceso electoral. El uso masivo de procedimientos de "marketing" y publicidad ha superficializado las campañas; hasta los debates tienen un formato en que los candidatos tienen poco tiempo para responder a preguntas que les formulan periodistas con escasa profundidad. Pero de ahí a decir que el contenido no importa en absoluto y que lo único relevante es la imagen que se crea, hay una gran diferencia. Porque es también perfectamente demostrable que, aunque ocultas tras una nube de banalidad, existían entre los candidatos opciones *políticas claras, que el público conocía en general y en función de las cuales votó mayoritariamente*.

El primer factor clave en favor de George Bush fue la situación económica. Si el año pasado, después del *crac* de la Bolsa de Nueva York este elemento parecía favorecer a los demócratas, por el temor a que siguiera una crisis generalizada. Sin embargo, no hubo recesión, y aunque los indicadores de 1988 distan mucho de ser espectaculares, el hecho de que la economía permaneciera aparentemente estable favoreció al candidato de la continuidad.

Hay aquí una situación ambivalente: salvo algunos ideólogos del "*supply side*", la mayor parte de los economistas están de acuerdo en que, a menos que se haga algo drástico para enfrentar los problemas del déficit fiscal, el grave endeudamiento público⁶ y el déficit comercial, la economía terminará por caer, más temprano que tarde, en una profunda crisis. No obstante, los efectos de esta crisis latente aún no alcanzan a la población, que ha visto incrementarse su capacidad de consumo promedio en estos años, aunque ello sea sobre la base de deudas.

En suma, los norteamericanos saben que puede venir una situación crítica, aceptan la necesidad eventual de introducir medidas de ajuste, pero están satisfechos de su situación actual. Ello favorece al candidato de quien ha traído esta precaria prosperidad, más aun cuando él les promete continuarla sin mayores costos.

Bush aseguró que controlaría el déficit sin nuevos impuestos ni cortes drásticos ("*congelamiento flexible*"), fue su vaga fórmula; y aunque los técnicos, la prensa y los políticos saben que eso no es posible, el público prefiere la promesa a las profecías de crisis, que por lo demás ya hizo Mondale en 1984, sin que hasta ahora se hayan cumplido.

La situación internacional también favoreció la continuidad. El avance en las negociaciones con la URSS, la firma del Tratado sobre Armas Nucleares Intermedias, el progreso en algunas situaciones regionales —el retiro soviético de Afganistán, apertura de conversaciones en Kampuchea y África del Sur, el cese del fuego entre Irán e Irak, la apertura en Corea—, crearon la sensación de un panorama internacional que reinicia, tras años de congelamiento. Un nuevo proceso de distensión. Aunque la administración norteamericana no fue autora de algunas de estas aperturas, e incluso en algunos casos —como Centroamérica—, se opuso el cese de hostilidades, el nuevo clima la favoreció. Más aún, muchos norteamericanos parecen dispuestos a creer la afirmación de Reagan y Bush de que fueron el rearme y la dureza de los primeros años lo que llevó a estos resultados.

La estabilidad económica y la distensión internacional favorecieron la recuperación de la imagen de Ronald Reagan, prácticamente sepultada después del escándalo Irán-contra. Tras la crisis de la Bolsa de Valores de Octubre de 1987, la evaluación de Reagan sufrió ulteriormente: los estadounidenses que lo apreciaban eran aún numerosos, pero muchos menos tenían una buena imagen de su gestión. Los márgenes de aprobación de Reagan ascendieron sustancialmente durante 1988, al dejarse atrás el Irán-contra y por efecto de la satisfacción con la marcha de la economía y los éxitos internacionales, hasta llegar a márgenes superiores a un sesenta por ciento, más que cualquier presidente de posguerra en vísperas de dejar el cargo.

Ahora bien, es cierto que, en una medida importante esta popularidad no es transferible, como se demostró en la elección del Congreso de 1986. Pero ante la palidez de los dos candidatos, el carisma de Reagan tenían que tener un peso mayor: el apoyo del Presidente saliente a su "delfín", aunque dado inicialmente con poco entusiasmo⁷, fue relevante, sobre todo para arra-

⁶ El techo de la deuda pública es de 2.8 billones (millones de millones) de dólares y será alcanzado a mediados del próximo año. Aunque no existe técnicamente diferencia entre deuda externa e interna (toda es en dólares) se calcula que cerca de 700,000 millones, es decir la cuarta parte, se adeuda a fuentes financieras externas.

⁷ Análisis recientes sostienen que Reagan apoyó a Bush más por lealtad a quien lo había servido tan fielmente que por estar convencido de su capacidad. Además, es obvio que cualquier presidente quiere una continuidad y Bush se proclamó siempre el heredero de Reagan. Lo favoreció, por último, el hecho de que sus rivales en la primaria republicana (Robert Dole) y en la elección (Michael Dukakis) son hombres que el Presidente actual aborrece.

sar en el Sur, tanto en las primarias como en Noviembre y para ganar estados cruciales como Texas y California.

Por último, los republicanos fueron favorecidos por la situación demócrata que comentábamos con anterioridad. Es verdad que el tono del electorado es optimista y eso favorece la continuidad. Pero el optimismo es matizado por preocupaciones bien claras acerca del futuro. Una propuesta que no jugara demasiado lo negativo, sino que se preocupara más bien de proyectarse hacia adelante, habría sido más beneficiosa. Los demócratas no fueron capaces de articular un proyecto nacional y mucho menos de convencer a la población de que las cosas no andan tan bien como parecen. Por lo demás, la imagen de unidad dada hasta la Convención desapareció y personajes como Jesse Jackson no volvieron a ser vistos con mucha frecuencia en la campaña.

Por último, la imagen de Dukakis terminó siendo un lastre para los demócratas. No se trata de hablar aquí de su escaso carisma o de la campaña negativa que se hizo en su contra. Más importante que eso parece ser la constatación de que un político del Noroeste, de aquellos que predominaron en la era del New Deal, difícilmente puede ahora ser elegido para un cargo de nivel nacional. Dukakis es visto en esa región como un moderado y un pragmático; ante el resto del país puede ser presentado como un liberal.

Esto no es pura propaganda negativa, sino que da cuenta de las tendencias ideológicas dominantes en la mayor parte de las regiones de Estados Unidos y que no han alcanzado aún los más antiguos y tradicionales bastiones del liberalismo. En términos simples, un Kennedy puede hacerse elegir, por su nombre, en cualquier lugar del Noreste, pero es difícil que aspire a ganar en el Sur, el Suroeste o el Oeste, al menos mientras subsiste la actual ola conservadora y los demócratas no sean capaces de movilizar a los sectores más postergados y reconstruir una coalición estable.

Todo lo anterior no significa que, por decisiva que haya sido su victoria, Bush tenga un mandato claro para gobernar. Al contrario, él planteó su campaña sin proponer soluciones a los grandes problemas que debe enfrentar en los próximos años la sociedad norteamericana. A la opción entre déficit, cortes o nuevos impuestos, opuso la idea de que sin cortes ni impuestos es posible eliminar el déficit. Ante el problema del déficit comercial, se opuso al proteccionismo y a la baja del dólar, sin decir tampoco cómo aumentaría la productividad y la competitividad. Sostuvo que el problema de la deuda no era tal, que no habría recesión y que la economía seguiría creciendo por los próximos cinco años. En materia de política

exterior, también ofreció continuidad, sin decir qué haría para impulsar las negociaciones sobre armas estratégicas o para revivir una "contra" moribunda. En suma, Bush propuso una imagen optimista casi al límite de la banalidad; la población creyó en su mensaje, o al menos lo prefirió a la confusión demócrata. Pero ello no significa que haya aprobado un programa de gobierno de George Bush, lo cual será un problema si el Presidente debe enfrentar situaciones críticas en los próximos cuatro años.

3. *¿Continuidad o cambio?*

La voluntad continuista de George Bush parece sincera. Es posible que, viniendo de orígenes sociales y políticos muy distintos de los de Reagan, haya llegado a admirar la capacidad de éste de dar liderazgos e incluso la forma en que fue capaz de posponer problemas y volver a generar confianza.

Pero Bush no es Reagan. El presidente que sale puede ser un reaccionario, pero no es verdaderamente un conservador. Un conservador, en el sentido estricto, no habría adoptado, respecto de la economía, las medidas audaces que desarrolló Reagan en sus primeros años, que provocaron el déficit, aunque también hayan traído consigo una cierta recuperación. No habría dado el salto al vacío de disminuir impuestos y aumentar gastos, basado en una teoría no demostrada que pronosticaba un mayor rendimiento (y que mostró ser falsa). En política exterior, un conservador se habría atenido probablemente a las reglas de la contención, sin financiar de modo aventurero todo tipo de movimientos irregulares, codificando luego esta actividad en la "doctrina Reagan".

Reagan es, en realidad, un populista de derecha, un ideólogo cuya tendencia es siempre en las direcciones más extremas, aunque tenga el suficiente criterio para cambiar de rumbo cuando las circunstancias le sean desfavorables. La moderación no nace con él, le es impuesta por los hechos; el Reagan de la Iniciativa de Defensa Estratégica, que calificó a la URSS de "imperio del mal", que anunciaba en broma privada que había ordenado desencadenar la guerra nuclear, que creó una política exterior paralela desde la Casa Blanca, es más el verdadero Reagan que aquel que el Irán contra impuso.

Bush es, en cambio, un verdadero conservador, un moderado cuya administración debe caracterizarse más por la cautela que por las medidas audaces. La continuidad que Bush promete no es la de los ideólogos de los primeros seis años, sino la de los pragmáticos de los últimos dos. Ha anunciado que retendrá a algunos funcio-

narios de Reagan, pero ellos no son los representantes del reaganismo, sino los que les sucedieron cuando estos debieron irse a aquellos (como James Baker) que nunca fueron verdaderamente hombres de Reagan.

Lo anterior es claro si se examinan los nombramientos ya anunciados por Bush. Del antiguo gabinete de Reagan quedarán James Baker, promovido a Secretario de Estado, y Nicholas Brady, Richard Thornburgh y Lauro Cavazos, que retendrán sus puestos en Tesoro, Justicia y Educación respectivamente. A ellos se agrega el general Brent Scowcroft como Consejero de Seguridad Nacional y el Gobernador de New Hampshire John Sununu como Jefe de Personal de la Casa Blanca. La primera plana debería quedar completa con el nombramiento de Richard Darman como Director de Presupuesto y de un Secretario de Defensa sobre cuyo nombre aún se especula, aunque el más probable es el Senador John Tower.

De todos estos nombres, la única sorpresa —y el único que verdaderamente podría calificarse de conflictivo—, es Sununu, a quien Bush nombró probablemente para contrapesar el excesivo peso que estaba adquiriendo Baker. Pero ninguno de los otros podría ser calificado como un heredero del "reaganismo". Baker y Brady son aliados antiguos de Bush, que se intercambiaron hace pocos meses los cargos de director de la campaña de Bush y Secretario del Tesoro. Thornburgh y Cavazos son también recién llegados, el primero para resanar el Departamento de Justicia, luego de la salida de Edwin Meese y el segundo para que hubiera un chicano en el Gabinete. Darman era el segundo de Baker en Tesoro y, por último, el Gral. Scowcroft es un antiguo profesional en el CNS, fue Consejero durante la administración Ford y se ha alineado siempre en el bando de los realistas, hasta el punto que durante los últimos años tuvo posiciones prominentes en numerosas comisiones (incluso la que investigó el escándalo Irán-contra), pero ningún cargo de gobierno.

Si a ello se agrega la posibilidad de que Tower (que presidió la Comisión investigadora del Irán-contra) sea nombrado en Defensa y otra serie de nombres de moderados que circulan en Washington hoy, parece claro que la continuidad de la cual se está hablando no tiene que ver con los ideólogos de derecha, que ya estaban fuera desde 1986 y que difícilmente volverán en 1989.

Ello no quiere decir que la era de Reagan haya terminado porque, en parte, su legado sobre la política norteamericana seguirá presente. Pero el reaganismo populista y aventurero de comienzos de los ochenta ya no volverá, al menos previ-

siblemente, a practicarse. Será reemplazado, en cambio, por un verdadero conservadurismo, marcado por la prudencia, tendiente a la negociación más que a la confrontación. Ello a menos, naturalmente, que los problemas económicos y de política exterior, así como la confrontación con el Congreso, se hagan demasiado agudos. Este conservadurismo parece corresponder, por lo demás con las tendencias ideológicas dominantes en el electorado y que, a pesar de su carácter difuso y de la pobreza del debate, dejó de manifiesto la campaña electoral.

No es efectivo que el debate político norteamericano carezca de contenido ideológico; lo que ocurre es que ese contenido, amén de generalmente pobre, está marcado por un conjunto de consensos (el "credo americano") que fijan límites más estrechos que en otros países a los términos de la discusión. Con todo, en algunas elecciones (especialmente aquellas que coinciden con un ambiente de crisis) existen opciones bastante tajantes en cuanto a las políticas que cada partido propone. Nadie podría decir, por ejemplo, que daba lo mismo elegir a Roosevelt que a Hoover en 1932, o a Reagan que a Carter en 1980.

En 1988, en cambio, se presencia en general un movimiento hacia el centro en ambos partidos, que se expresa ya desde las elecciones primarias, donde los ideólogos de derecha son rápidamente derrotados en la carrera republicana y los liberales más definidos no van más lejos en la demócrata (con la excepción de Jesse Jackson, que nunca tuvo, sin embargo, oportunidad de ser elegido).

Tal vez nada representa mejor este cambio que lo ocurrido con los republicanos. Tres candidatos representaban de algún modo los tres temas básicos del reaganismo: el retorno a la Guerra Fría (Alexander Haig), el fundamentalismo (Pat Robertson) y la "economía del lado de la oferta" (Jack Kemp). Sin embargo, estos tres potenciales herederos de los bloques que eligieron a Reagan en 1980 no llegaron a representar ni siquiera un 20% del voto republicano en las primarias de 1988. En cambio George Bush, que tiene su origen en el "ala empresarial" del partido (por oposición al "ala ideológica") compitió con otro conservador pragmático (Robert Dole) por la nominación.

El electorado norteamericano viene, pues, de vuelta del ideologismo extremo de hace ocho años. Pero en algunos aspectos esa corriente ha dejado su huella permanente en el cuadro electoral norteamericano: el movimiento hacia el centro se produce, pero en el marco de un electorado cuyo centro de gravedad se ha corrido hacia la derecha. Temas que eran básicos para el periodo liberal del

New Deal, como la intervención económica estatal, la regulación, los impuestos progresivos, dejan paso a nuevos consensos en torno a temas como menos Estado, desregulación, menos impuestos, etc. En lo internacional desaparece, junto con la incertidumbre de 1980, la posición dura frente a la URSS; pero se mantiene la desconfianza y la idea de una negociación basada en la construcción de fuerza militar.

Por lo demás, es probable que al contrapesar al Ejecutivo republicano con un Congreso demócrata, el electorado esté expresando que su "realignamiento" es sólo parcial y que conserva en realidad una posición ambigua: quiere defensa fuerte, pero no aumento del gasto militar; quiere negociar con la URSS pero desconfía de ella; quiere disminuir el déficit fiscal, pero no quiere más impuestos; quiere disminuir el déficit comercial, pero prefiere productos importados, si el precio es menor. Esta indefinición es mejor reflejada en un Congreso demócrata y un presidente republicano, aunque ello conspire contra la eficacia del gobierno.

La nueva administración, más que continuista, es un reflejo de esta ambigüedad. Recupera la herencia ideológica del reaganismo sólo en aquellos aspectos en que ella ha significado nuevos consensos. Pondrá énfasis en la solución de problemas más que en la aplicación de ideologías. Buscará evitar las opciones difíciles, negociar con el Congreso y adoptar una actitud gradual en la solución de problemas. No tendrá una postura tan unilateral como su antecesora en el plano internacional, aunque sí retendrá la pretensión de nuevo liderazgo que Reagan adoptó. Será, en suma, poco innovativa, pragmática y centrada en la eficiencia más que en la generalidad.

La gran duda, sin embargo, es si tendrá la misma fortuna que tuvo la administración Reagan. La paradoja podría estar en que, mientras Reagan estaba dispuesto a la confrontación y a correr el riesgo de la crisis para imponer sus proyectos (al menos en los primeros años), pero se encontró con un Congreso dispuesto a cooperar y consiguió posponer o deflectar la crisis, Bush, más proclive al *statu quo* y a la negociación, se encuentra con condiciones objetivas que hagan imposible la línea conservadora a la cual aspira.

4. Los problemas de la nueva administración

La victoria de Bush será contrapesada por un predominio de los demócratas en ambas ramas del Congreso. La correlación en el Senado permanece estable, con una ganancia de un senador para el

Partido Demócrata. En la Cámara, no más de 10 asientos han cambiado de manos. Eso significa *mantener la situación actual*, que no ha sido fácil para la administración durante 1987 y 1988.

En efecto, durante los primeros años de Reagan, los republicanos tenían el Senado, pero no la Cámara; no obstante, el Presidente pudo contar en ambas ramas con una mayoría de trabajo, merced a la cooperación que le brindaba el bloque de diputados demócratas conservadores, proveniente sobre todo de los estados del Sur. Esto cambió en 1986, en la medida en que Reagan fue perdiendo parte de su fuerza, en que la situación de crisis en algunos estados del Sur debilitó el bloque y en que la política se fue haciendo más partidista, ante la cercanía de la elección presidencial.

Cuando los demócratas recuperaron la mayoría en el Senado en 1986, se pensó que usarían el Congreso como un gobierno paralelo, sobre todo ante un Ejecutivo debilitado por el Irangate. Aunque la tentación ha existido (sobre todo por parte del líder de la Cámara) ella se ha reducido sólo a ciertos aspectos. Pero el Congreso ha afirmado su supremacía en una serie de aspectos cruciales (la ley de Comercio, la Ley de aguas, el presupuesto de defensa, la ayuda a los contras e incluso el Tratado ABM) y ha obligado al Ejecutivo a vetar, a veces sin éxito, a retroceder o a negociar.

Bush puede estar seguro de que contará, inicialmente, con un Congreso más conflictivo que el de Reagan. Los demócratas estarán, al menos por varios meses, disgustados por el tono negativo y agresivo de la campaña, y querrán hacérselo pagar al Presidente, sobre todo si éste va al Capitolio en busca de cooperación. Además, por mucho que en la campaña haya "endurecido" su imagen, Bush aún debe mostrar su capacidad de liderazgo. En cuanto a los demócratas del Sur, ellos tienen tanta desconfianza en Bush como muchos republicanos de la derecha y, por consiguiente, adoptarán una actitud de espera. Por último, el Congreso será más impredecible por las luchas intestinas de los demócratas, que seguramente entrarán en una aguda fase de lucha interna en el vacío de poder, dejado por su derrota.

El problema del nuevo presidente es que tal vez no pueda darse el lujo de esperar a ponerse de acuerdo con el Congreso o a elegir otro en 1990. El balance del año 1988 es aparentemente positivo porque la crisis que debía llegar no llegó. Después de la crisis de la Bolsa, en medio del déficit comercial, la caída del dólar y la mantención de altas tasas de interés, se esperaba para 1988 el inicio de una recesión, si no algo peor. Esto no ocurrió, para alegría de los republicanos, pero la economía tampoco se ha afirmado. El déficit fiscal pasó de 150 mil millones de dólares

para el año fiscal 1988 y se espera algo similar para 1989; el déficit comercial empeoró el último trimestre, cuando todo el mundo esperaba una mejoría; el endeudamiento ha llegado a 2.65 billones de dólares y el servicio de la deuda ocupa ya más del 15% del presupuesto norteamericano. Hay preocupación por el ingreso sustantivo de capital extranjero, que hace que el país sea, por primera vez en muchos años, importador neto de capitales.

Todos estos factores deben, tarde o temprano, dar lugar a una crisis recesiva y a un ajuste, que será doloroso, porque implicará impuestos, corte de gastos y restricciones al consumo. Hace pocas semanas, la revista *The Economist* decía que Reagan, como buen actor, salía de la escena justo a tiempo. Es posible que Bush no tenga la misma suerte.

La relación entre el último periodo, la elección presidencial y una eventual crisis es preocupante. La ambigüedad en que se ha movido la política interna en los últimos meses, echando los problemas hacia adelante sin resolverlos, y la escasa discusión que ha existido en la elección sobre los problemas de fondo, hace que el próximo presi-

dente inicie su gestión, como decíamos antes, *sin un mandato claro*. Eso no sería un problema si se supone que el periodo de su presidencia estará caracterizado por la normalidad. Pero si es necesario adoptar, ante una crisis, decisiones duras, que perjudiquen a determinados sectores, es difícil que el nuevo Presidente sea capaz de imponer su posición a un Congreso hostil y a la actividad de los grupos de interés.

La comparación histórica es aquí irresistible. En los años veinte los republicanos gobernaron también durante doce años. Los primeros dos periodos tuvieron como protagonistas a presidentes que predicaron el "*laissez faire*", gobernaron poco, crearon desorden, vivieron escándalos y se fueron, sin embargo, con la imagen de una prosperidad sin límites. A pesar de proclamarse como un continuador, Herbert Hoover tenía bastante más conciencia de la magnitud de los problemas. Pero carecía de mandato o era demasiado conservador para enfrentarlos. Su nombre ha quedado ligado indisolublemente a la peor crisis de la historia norteamericana, de la cual ciertamente no fue el principal culpable.

